



Corazón de vainilla

Cathy Cassidy

The
chocolate
box girls

Más de
2.000.000
de ejemplares
vendidos

DESTINO



Corazón de vainilla

Cathy Cassidy

Traducción de
Julia Alquézar

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
Título original: *The Chocolate Box Girls. Sweet Honey*
© del texto: Cathy Cassidy, 2014
© de la traducción: Julia Alquézar, 2017
© fotografía de cubierta: Anne-Lise Dugat
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-08-17169-0
Depósito legal: B. 7.753-2017
Fotocomposición: Auradigit
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Sonrí, doblo la nota con cuidado y me la guardo de nuevo en un bolsillo del bolso. Mi hermanita está como una cabra, y yo también la echaré de menos, pero sabe tan bien como yo que mis días en Tanglewood han llegado a su fin. Me he pasado de la raya. ¿Qué puedo decir? Hacer que un amigo piratee el sistema informático de la escuela para falsificar mis notas y mis boletines no fue la mejor idea, y desde luego el hecho de que me pillaran y me expulsaran fue la gota que colmó el vaso.

Necesitaba salir de allí, y papá me dio la forma de hacerlo: un billete a Australia, un nuevo comienzo, una forma de escapar del embrollo en el que se había convertido mi vida últimamente. ¿Quién no habría aceptado?

El vuelo de Londres a Sídney dura veintitrés horas, y eso es mucho tiempo para estar atrapada en clase turista en un avión con todo un rebaño. Hago un esfuerzo por comerme

la extraña comida envasada en una bandeja y pido una copa de vino para acompañarla, pero la azafata se limita a poner cara de exasperación y me sirve zumo de naranja. En cualquier caso, todo tiene el mismo sabor a cartón, así que no me importa. Hacemos una parada en Singapur para repostar, pero aparte de un breve paseo por el aeropuerto, no puedo ver nada más. Enseguida volvemos a subir al avión, donde los demás pasajeros bostezan, reclinan sus asientos y se arrebujan debajo de una delgada mantita de lana y se cubren los ojos con unos curiosos antifaces, mientras las luces se atenúan, junto con la vida tal y como la conozco.

Estoy demasiado nerviosa para dormir. Australia: tierra del sol, del surf y de las oportunidades. Saco un cuaderno de bocetos y garabateo unos dibujos de mí misma volando entre las estrellas, con un vestido sin mangas, unas alas de plumas y mis botas *vintage* de tacón alto.

Me pongo los auriculares y veo dos películas de un tirón; después enciendo mi lucecita y leo dos revistas. Como he dicho, es un vuelo largo. Voy al lavabo y camino por el pasillo para hacer un poco de ejercicio, como aconsejan en los vuelos largos; no obstante, la azafata exasperada me mira mal, así que vuelvo a mi asiento e intento ser paciente.

Es posible que haya logrado conciliar el sueño durante un minuto o dos al menos, porque cuando quiero darme cuenta, las luces vuelven a encenderse y el cielo se torna rosado con la promesa del amanecer. Ya casi es de día en el huso horario de Sídney. La azafata me sirve un desayuno en un envoltorio arrugado que sabe a serrín, pero estoy tan

emocionada que no consigo probar bocado. Enseguida nos mandan abrocharnos el cinturón y prepararnos para el aterrizaje. Por fin.

Cuando salgo y pongo un pie en la escalinata del avión, veo por primera vez el amanecer de Sídney. Estoy tan feliz que podría estallarme la cabeza.

Papá me espera en la zona de llegadas, bronceado y sonriente; su elegancia natural destaca con el traje de lino gris. Debe de tener ya cuarenta años, pero no lo parece. Como siempre, atrae unas cuantas miradas de mujeres de cierta edad; pero la sonrisa de papá es solo para mí. Corro hacia él, arrastrando mi maleta; él me recibe con un abrazo de oso entre risas.

—¿Cómo está mi chica favorita? —me pregunta. Estoy tan feliz que podría echar a volar. He esperado mucho para oír esas palabras—. ¿Te apetece desayunar? —añade mientras coge mi pesada maleta como si fuera una pluma—. El vuelo es agotador y la comida del avión es desastrosa. ¡Tienes que comer algo decente!

Lo cierto es que después de no comer casi nada en el avión, estoy muerta de hambre. Sigo a papá hasta el recinto arbolado de un lujoso restaurante del aeropuerto, y pide para los dos un plato de nombre sofisticado con huevos pochados y salsa holandesa, un zumo de naranja recién exprimido, cruasanes y mermelada.

—Bueno —empieza a decir reclinándose en su silla, mientras la camarera se marcha a toda prisa con nuestro pedido—. Pues aquí estás. ¡A punto de empezar una nueva

vida en Australia! ¿Qué ha pasado últimamente contigo, Honey Tanberry?

Levanto la barbilla. La he liado y lo sé. He cometido tantos errores que resulta difícil identificar el inicio de todo. Empecé a hacer pellas, a mentir y a pasar fuera las noches con un chico de la feria llamado Kes y con sus amistades poco recomendables. Mamá se puso como una fiera, y yo estaba encantada. Sí, Kes era mayor que yo; sí, era un chico problemático. ¿Y qué? Resulta que me gustan los problemas.

Además, me desenvuelvo bien con ellos. Se podría decir que convertí los problemas en un arte refinado. Hice trampas y dejé de estudiar. Después llegó la parte que mencioné sobre convencer a un amigo para que pirateara el ordenador de la escuela y «arreglara» mis notas. Y nos pillaron. Los servicios sociales intervinieron, mientras mamá lloraba, mis hermanas gritaban y el estúpido de mi padrastro, Paddy, se pasaba la mano por el pelo, triste, como si fuera yo la culpable de la desintegración de nuestra familia, y no él.

Sí, bueno, todos sabemos que las cosas no ocurrieron así.

Pero no importa, porque, al final, he conseguido lo que quería: hacer borrón y cuenta nueva. Y empezar de cero con papá en Australia.

He hecho los deberes. Sé que Australia es bonita, soleada y está repleta de naturaleza virgen. Es el sitio perfecto para un nuevo comienzo. También es el lugar al que Gran Bretaña envió a sus convictos mucho tiempo atrás.

Apuesto a que encajaré a la perfección.

—Imagino que vivir con tu madre no habrá sido fácil —dice papá, mientras da un sorbo a su café—. No todo habrá sido jugar a las casitas y a la familia feliz, supongo.

—Hace mucho que no somos una familia —afirmo sin inmutarme—. Dejamos de serlo cuando te fuiste.

Papá se limita a hacer una mueca de incomodidad, pero no he dicho más que una verdad como un templo. Sabe que no lo culpo: el mayor daño vino después.

Cuando papá se marchó, nuestra vida familiar se derrumbó y se hizo añicos. Intentamos recoger los pedazos y recomponer lo que una vez tuvimos, pero no lo conseguimos. Papá era el único que podría haber pegado los trozos; sin embargo, antes de que pudiera intentarlo, Paddy se había entrometido con su odiosa hija Cherry, la robanovios. Y eso había acabado con toda esperanza. Papá aceptó un traslado a Australia y ese fue el último clavo en el ataúd de mi sueño de que volviéramos a estar juntos. La familia estaba rota, y cualquier esperanza de repararla se había esfumado.

—La vida sigue —comenta papá despreocupado—. Sé que no siempre he estado a tu lado cuando me has necesitado. Ya veo que estos últimos años han sido duros para ti.

—Un poco, sí.

Y nadie puede acusarme de no haberme esforzado por encajar: tiré confeti el día de su boda, a veces sonreía a Paddy durante el desayuno y no abofeteé a la mentirosa de Cherry, por muchas ganas que tuviera. Fingí que todo iba bien, pero no era así, y sabía que la farsa se destaparía.

Así, la situación acabó explotando, y las cosas pintaban bastante mal para mí; en ese preciso momento, papá me lanzó un salvavidas y aquí estoy, enviada a Australia como una joven convicta de la era moderna. Voy a ir a una escuela privada que suena como un cruce entre un campamento para chicas rebeldes y un paraíso *hippy, new age*; allí recibiré terapia y orientación personalizada, con el objetivo final de aprobar un puñado de exámenes.

—Aquí las cosas te irán mejor —dice papá—. Es un nuevo inicio. Eres mi chica, Honey, y si hay alguien capaz de dar un giro a la situación, esa eres tú. ¿Cierto?

—¡Cierto! —añado.

Bueno, quizá.

Me siento feliz de estar aquí, con el contador a cero y una última oportunidad de volver a encarrilar mi vida. Tengo la determinación de hacer que funcione. Puede que suene cínicco, pero a veces resulta más fácil dejar atrás un embrollo de vida que quedarse para arreglar las cosas. Eso no quiere decir que no quiera a mi madre y a mis hermanas. Por supuesto que las quiero. Pero no puedo formar parte de la nueva familia que han formado.

Ahora empiezo de cero... A papá siempre se le ha dado bien hacerlo. Y en este momento, yo tengo mi propio plan.

—Te pareces mucho a mí, ¿sabes, Honey? —me dice papá entre bocado y bocado de su almuerzo—. En mi época fui algo rebelde. Tuve algunos altibajos y unos cuantos cam-

bios de escuela antes de encontrar mi lugar. Tú y yo somos iguales.

Sonrío. Quiero ser como él, ¿cómo no iba a quererlo? Es sensacional, seguro y carismático. Tiene un encanto mágico: cuando te mira, te sientes especial y única.

De niña, me sentía así continuamente: yo era la favorita de papá. Pero cuando se fue, todo se estropeó. Sin papá, la vida en Tanglewood era fría, vacía y hueca.

Aquí será diferente.

Papá me habla de la casa, de la piscina y de la playa que hay cerca. Me explica por qué Sídney es la ciudad más bonita que conoce, y me asegura que me ayudará a explorarla, y que yo también me enamoraré de ella muy pronto.

De forma inesperada y casual, papá menciona que no estaremos solos en su preciosa casita junto al mar con piscina exterior. Viviré con él y con su novia, Emma. Noto un zumbido en el oído, y durante un momento todo parece nublado, frío. Puede que sea el *jet lag*, pero no lo creo. A través de una neblina, sus palabras se abren paso hasta mi cerebro.

—Emma es encantadora —dice despreocupado—. ¡Os llevaréis genial!

Emma. Ese nombre me suena, pero supongo que se debe a que la situación me resulta familiar. Siento un nudo de decepción en el estómago, punzante y amargo. He pasado años sin papá, y lo último que quiero ahora es compartirlo.

No puedo creer que haya atravesado medio mundo huyendo de un padrastro inaguantable para acabar viviendo con una madrastra. Eso nunca fue parte del plan.

De: Cherry Costello <flordecerezo@chocolatebox.co.uk>

Para: Honey 

Espero que el viaje fuera bien. Resulta extraño, la casa está muy vacía sin ti, se nota que falta algo. No siempre nos hemos entendido, Honey, pero te aseguro que nunca he querido que fuéramos enemigas. Sé que crees que papá y yo no pintamos nada en Tanglewood, aunque si nos dieras una oportunidad, tal vez cambiarías de idea. Sabes que lamento mucho cómo fueron las cosas con Shay. Ojalá podamos ser amigas algún día.

Cherry xxx